



TODO O NADA

Eric Elmer

TUDO O NADA



Primera edición: mayo de 2020

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Eric Elmer

ISBN: 978-84-18250-92-7

ISBN digital: 978-84-18250-93-4

Depósito legal: M-11934-2020

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Nuria y Raúl

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Mi futuro depende de lo que ocurra esta noche. Fran lo sabe, por eso no se atreve a abrir la boca. No me importa. Al menos está aquí de verdad. Con toda su conciencia, quiero decir. Toda su alma está presente en este coche, en este silencio espeso que envuelve mi ansiedad. Pero es normal; al fin y al cabo, nos dirigimos hacia el matadero.

Fran se detiene en el semáforo y me observa de reojo. Yo finjo no verlo. Finjo no estar a punto de disolverme. Me sudan las manos, y mis piernas no dejarían de temblar de manera frenética y compulsiva si no me estuviera esforzando en controlarlas. Si mostrara lo nervioso que estoy, Fran me pediría que volviéramos a casa. «No vale la pena», me diría. No puedo permitirme volver a casa. Dentro de unas horas tendré que tomar una decisión.

Vuelve a acelerar, da un giro de 90 grados y empieza a subir la cuesta del Porto Pi, un centro comercial anticuado de la costa de Palma de Mallorca. Ya

estamos aquí. El parking está lleno porque es sábado, aunque los demás, la gente normal, vienen a pasarlo bien. Nosotros, en cambio, venimos con un único propósito: salir de esta lata de sardinas con 5000 euros más. Todavía no hemos llegado a contemplar los atracos como opción real, así que solo nos queda el casino.

Las luces de la entrada brillan con agresividad: parecemos insectos perdidos que pululan en busca de la salvación. Todos los insectos perdidos acaban aquí. Lo gracioso es que la mayoría de ellos se marchan peor que antes, con los rostros blancos y vacíos de vida, como si hubieran recibido una dosis letal de realidad. El matadero les ha succionado los sesos y los bolsillos, y ya no tienen ni para volver a sus casas en bus. Tendrán que lidiar con el peso de la noche.

Nosotros somos un insecto más, pero hoy, a pesar de sentir el corazón en la garganta, tenemos un objetivo, y eso nos hace más peligrosos. Los demás jugadores vienen sin plan, y eso suele ser sinónimo de desastre. Si no tienes un destino concreto, es más probable acabar atrapado y engullido por la araña. El terrorífico resplandor de las máquinas atrae con demasiada fuerza. Cada hilo de la tela —el tintineo de las monedas, las camareras repartiendo bebidas, incluso el ambientador o la música casi imperceptible que suena— es un puñetazo directo a tu fuerza de voluntad. Pero tener un plan también lo hace más arriesgado para nosotros.

La noche se resume en dos palabras: todo o nada. No me basta con 2000 o 3000 pavos: vengo a por cinco de los grandes. Y si no lo consigo, bueno, habré perdido todo lo que me queda en el banco, y tendré que coger un vuelo mañana por la mañana.

—¿Listo? —me pregunta Fran.

—Listo.

Cruzamos el pasillo de la entrada con seguridad. Las paredes son espejos. El suelo, una alfombra roja. Un matadero disfrazado. Después nos sentamos en la mesa de blackjack, y esperamos a que la ronda acabe. El croupier nos saluda deseándonos buenas noches. «Os vamos a arruinar», responden las burbujas que brotan de nuestras orejas.

Cambio un billete de 100 euros y coloco las dos fichas negras de 50 en mi casilla.

¡Que empiece el juego!

CAPÍTULO 2

El sol todavía no se ha despertado. El verano terminó hace unas semanas y ya empieza a hacer frío, pero mi hermana enciende el aire acondicionado de todos modos. El aire siempre tiene que estar encendido en su coche. Es una de esas manías suyas que nunca he entendido.

Bueno, nunca la he entendido en general. Daba igual sobre qué tema acabáramos de discutir, siempre irritando, alterando a nuestros padres. Al alzar la voz, el tiempo se detenía, y Thor empezaba a golpear su martillo sobre los siete mares. Para nosotros era algo gracioso, aunque obviamente eso no lo podíamos reconocer. Creo que, en cierto modo, aquello se convirtió en nuestra única forma de sacar la mierda que llevábamos dentro, de vaciarnos completamente. Después de una de nuestras discusiones solía sentirme como un bebé, sobre todo cuando el sabor que me quedaba en la boca era el de victoria. Eso no sucedía a menudo. De una manera u otra, ella siem-

pre conseguía finalizar el debate con una conclusión aparentemente irrefutable. Días después encontraba algún argumento que le habría sido imposible desmontar, pero ya era demasiado tarde. Además, el verdadero objetivo de la discusión ya había concluido.

A pesar de que aseguraría que aquellas confrontaciones nos hacían más bien que mal, tres o cuatro años atrás decidimos asimilar que era hora de comportarse mínimamente como adultos. Eso significó tener que fingir que todo iba bien entre nosotros. Fue un alivio para nuestros padres y, bueno, nosotros empezamos a mantener conversaciones más «normales». A partir de aquel momento nunca volvimos a hablar de nada interesante. Nada que realmente importara, quiero decir. Fue como si, al enterrar nuestros impulsos más primitivos, también dejáramos atrás la otra parte de la moneda. No volvió a haber ni una sola palabra sincera entre nosotros.

Aun así, estoy seguro de que cree que el causante de nuestro distanciamiento soy yo. Hace tiempo que dejó de entender mi proceso mental. Apuesto a que se alegra enormemente de que su hermanito pequeño por fin vaya a hacer algo con su vida. Ella lo prefiere así.

«Te dije que lo del casino era una locura», me respondió ayer cuando le pedí que me llevara al aeropuerto.

—Oye, escíbeme de vez en cuando —me dice Noelia desabrochándose el cinturón—. Tendrás internet, ¿no?

—Pues no lo sé, la verdad. Eso espero.

—Bueno, también podrías ir a alguna cafetería con WiFi.

—Sí.

Abrimos la puerta y salimos. Los primeros rayos del día bañan nuestros rostros dormidos.

—¡Oye! —pausa—. ¿Y con Miranda?

Abro el maletero, la miro y me encojo de hombros.

—No estábamos saliendo...

Asiente.

Nos abrazamos sin dejar que las capas de nuestra membrana se derritan del todo. Ella me da un beso en la mejilla, sube a su coche, arranca y da marcha atrás. Me despido con la mano. Desaparece.

Nada más sentarme en el avión consigo dormirme durante casi una hora. Al abrir los ojos, seguimos en Mallorca. Una voz dulce y sensual explica que habrá media hora más de retraso.

Decido encender el móvil y revisar el bloc de notas en el que está la información sobre lo que voy a hacer durante las próximas semanas. «Debería apuntar los datos más importantes —me digo—, o al menos el nombre del pueblo al que voy». Sería gracioso

llegar, perder el móvil y ni siquiera saber a dónde ir. Supongo que me subiría a un taxi y me dirigiría al casino más cercano para jugarme los 70 euros que llevo en el bolsillo. Si ganara, cenaría en un buen restaurante y dormiría en algún hotel. En cambio, si la suerte no fuese mi compañera, buscaría algún rincón en el que no soplara el viento, entre dos edificios, y pediría dinero hasta tener el suficiente para poder jugar de nuevo. Y así una y otra vez. Quizá eternamente.

Mis padres están enfadados con ellos mismos por mi culpa. A Noelia y a mí siempre nos habían dicho que lo que ellos querían para nosotros era que fuéramos felices. No creo que fuera mentira, simplemente no sabían que no era verdad. Puede que, en su cabeza, la opción de no terminar bachillerato y convertirme en jugador profesional de blackjack no entrara en la ecuación.

Todavía me acuerdo de sus caras cuando les dije que iba a dejar las clases. Les dije que *bachiller* me estaba matando, y que cualquier otra rutina acabaría conmigo. Simplemente, no estoy hecho para las rutinas. Me ahogo en ellas. ¿Qué iba a hacer entonces? Algo que me permitiera ser libre de verdad. Después de llegar a esa conclusión, decidí que había dos opciones: el casino o escribir.

Allí empezó la lucha interna de mis padres. Querían de todo corazón aceptar mi decisión y apoyar-

me, como siempre habían prometido hacer, pero no funcionó. «Acabas de cometer un grave error», decían sus ojos. Lo que dijeran sus labios daba igual.

Para ellos fue un alivio pensar que acabaría dejando el juego e intentara con toda mi voluntad llegar a ser escritor. El problema es que nunca he creído ser capaz de convertirme en escritor. Soy demasiado racional para ello. Yo creo que cualquier cosa que tenga que ver con el arte debe surgir de un lugar de tu interior que no existe en mí. Nunca llegué a sentir las palabras que escribía. Cada frase no era más que una fórmula matemática. Podía agrupar unas cuantas palabras que sonaran bien, pero no era arte, y yo me daba cuenta de ello. Y bueno, a falta de esa esencia que silenciara mi mente e hiciera brotar de mi interior historias únicas, tan solo me quedó retar al azar.

Estudí cada libro de blackjack, sus probabilidades, su estrategia... Era como el ajedrez. Dentro de cada jugada había un mundo de posibilidades que los ojos inexpertos ni siquiera podían imaginar. Y durante una época funcionó. Mis padres no daban crédito. Entonces fue cuando perdí la cabeza; empecé a jugar con demasiado dinero y... aquí estoy.

Por cierto, ya hemos despegado. Los coches no son más que microbios insignificantes.

Quién sabe, quizá el casino haya despertado en mí esa propiedad necesaria. Tal vez, gracias a la adre-

nalina, el vicio y la adicción al juego, tenga algo que contar. Aunque solo me conformaré si cada párrafo que redacto florece de las entrañas mismas de mi estómago. Entonces lo habré conseguido.

Bueno, aquí estoy, ¿no? Escribiendo por primera vez en dos años mientras sobrevolamos Zaragoza.